

ZBD # 9

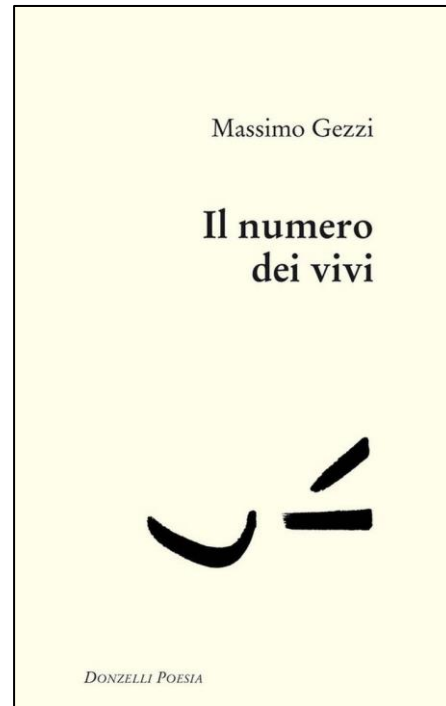
Massimo Gezzi (poesía)

Textos recibidos el 15/10/2016, aceptados el 15/10/2016 y publicados el 30/01/2017



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

MASSIMO GEZZI (Sant'Elpidio a Mare, 1976) ha publicado los libros de poesía *Il mare a destra* (Edizioni Atelier, 2004), *L'attimo dopo* (Luca Sossella Editore, 2009, Premios Metauro y Marazza Giovani), *Il numero dei vivi* (Donzelli, 2015, Premio Carducci, Premio Tirinnanzi y Premio suizo de literatura 2016) y *Uno di nessuno. Storia di Giovanni Antonelli, poeta* (Edizioni Casagrande, 2016), además del opúsculo en tres idiomas *In altre forme/En d'autres formes/In andere Formen*, con traducciones al francés de Mathilde Vischer y de Jacqueline Aerne al alemán (Transeuropa, 2011). Sus poemas han sido traducidos al inglés, castellano, francés, alemán, croata y polaco. Ha realizado una edición comentada de *Diario del '71 e del '72* de Eugenio Montale (Mondadori, 2010) y ha editado el volumen *Poesie 1975-2012* de Franco Buffoni (Mondadori, 2012). En *Tra le pagine e il mondo* (Italic Pequod, 2015) ha recopilado diez años de entrevistas a poetas y reseñas de libros de poesía. Vive en Lugano, donde trabaja como profesor de italiano en el Liceo 1.



De *Il numero dei vivi* (Donzelli, Roma 2015)

*¿Y luego? Paredes, puertas cerradas, humos que se dispersan,
de acuerdo, ¿pero después? ¿Qué cosa tan importante habrás dicho? ¿Que se muere?
Bueno, eso lo saben todos, ¿pero después?
No después de la vida: son pequeñeces
de nada, esas. Después-ahora, quiero decir,
después-antes, mejor dicho: durante.*

*Mientras estás aquí respirando y mirando los bosques que se encaraman
en las montañas de un nuevo horizonte, o los picos
de siempre, aquellos azules y sibilinos,*

*y los hombres y las mujeres de tus lugares
los contemplan, también los de un tiempo
que ya no respiran, pero recorren con desasosiego
las calles del pueblo, tartamudeando como
tartamudeaban en vida, o carraspeando por el catarro
cuando se ríen y tosen.*

*¿Todas inútiles, esas voces?
¿Inútiles como tú, que escribes para nadie, o como los dedos
de tu hija que se alargan en la oscuridad?*

*No estás equivocado, no aciertas.
Las hojas que el viento tira al suelo alguien
las guarda. Alguien más las encuentra
después de años, y las pinta.*

*Defiende esta luz, si eres una nada
como todos. Defiende esta nada
que no para de ser. Para tú de trazar
líneas oscuras, de borrar. Toca la mesa, el papel.
Aprende otra vez a contar:
no restes al cero, suma uno.*

Una despedida

Se paró a observar los últimos destellos
 de luz que ahondaban detrás de los montes.
 «No mienten nunca, los niños,
 cuando pintan el sol rojo y las nubes
 rosa sobre un fondo azul cobalto. Quizás sean
 los únicos que todavía saben mirar algo».
 Apoyó el vaso en la mesa,
 sopló el humo contra el cristal y aquel
 se abrió como un lago de aire gris.
 «He pensado que mi vida era mía.
 Tú también estás pensando, ahora,
 que tú eres lo que eliges, lo que quieres,
 lo que dices». Le respondían los libros,
 los marcos, las plantas a punto de lanzarse en la oscuridad,
 yo no. «Incluso lo que no dices»,
 sonrió, mientras el estertor del catarro
 se le volvía más oscuro. «En cambio ahora
 tú, en esa silla, mientras me miras la espalda
 y quisieras anudar tus manos o estar mudo,
 tú ahora eres importante, y no lo crees, y no lo sabes».
 La nube más lejana de repente se desvaneció.
 En pocos minutos perdió el rosa, luego el violeta.
 Ya era una masa gris cuando él,
 golpeando al compás dos dedos en los cristales,
 después de un golpe de tos, entonó *Yesterday*,
 luego paró.

El tallador de latas

Sentado en la base
de un pilar que soporta los pórticos,
tendrá unos doce, trece años.
Gorra, dos piercings
en el labio superior,
con suma concentración recorta
latas de Redbull, Coca Cola,
cervezas.
Las manejas cuidadosamente,
sujeta las tijeras con calma
trazando líneas imaginarias
pero clarísimas para él.
Debe de haber advertido
mi mirada porque,
levantando la cabeza irritado
y antes de rendirse a una sonrisa, dice:
«¿No ves lo que hago?
Convierto esta mierda en estrellas.
Pero antes me bebo la cerveza».
Y sigue.

Un paso atrás

En la calle, pasado un semáforo,
mitad en el césped mitad
en el cemento, una chica rubia platino,
con piercing en los labios y los auriculares
en los oídos. Tumbada entre las hojas
y en el frío, a pocos metros de un banco.
La levantas. Sientes el calor
de su mano que se aferra a la tuya,
el perfume dulzón, ves sus ojos
medio colocados. Está viva, sonrío, se tambalea
mientras avanza hacia ti y hace amago
de abrazarte, apretando en todo momento
tu mano. Y tú echas un paso atrás,
estás temeroso, piensas en el asco,
en lo ignoto, tienes miedo y casi te avergüenzas.
Tienes cosas que hacer, claro, es tarde. Y mañana
el despertador, las clases, la prisa por las calles...
Volverás a pasar por aquí. Notarás con cierto
alivio su ausencia: en la hierba solo hojas,
cacas, la escarcha derritiéndose, tu quieta
seguridad de autómatas imperturbables que esquivan
los obstáculos y los empujones. Ella ni te recuerda
siquiera,
y ahora duerme.

Tema núm. 4*

Uno de los temas es sobre nuestra capacidad de «habitar poéticamente la tierra» (Morin, y muchos otros –demasiados?– antes de él). «¿Poéticamente, dice?» Son los ojos de una chica que casi se estremece, cuando lee esa frase. «También poéticamente», preciso: «También. ¿No te parece?» «Bah», contesta enseguida «Quizá alguna vez. Pero solo por un momento. Y para pocas personas».

Para pocas, ya. ¿Nunca se le ocurrió, a Morin, limitar esa frase? Añadir un matiz, precisar que tal vez para alguien –¿para demasiados?– la poesía solo es un lujo o un estorbo, cuando detrás de una mirada medio irónica y medio seria se intuye que algo ha pasado, o que algo...

«Para pocos, tienes razón. Entonces explica por qué es así. Críticalo, al filósofo, si no dices la verdad». Contesta y baja la mirada, curvando un poco el labio: «No, profe, gracias: ya he elegido otro tema».

~

*Antes de que toque la hierba
la boca colgada en el aire contra el cielo
violeta claro, antes de que aterrice –
antes de que la ola se vierta en la arena
y borre
las huellas de quien allí caminó
para dispersar un pensamiento–
antes de que el olor de los pitósporos
sea helado por el invierno*

debes decir el dolor de no ser

* *Nota al texto:* Uno de los primeros temas que propuse a mis estudiantes, durante mi primer año de clase en el Liceo Lugano 1, contenía una cita de *La cabeza bien puesta* de Edgar Morin. Algunas líneas: «La poesía [...] nos introduce en la dimensión poética de la existencia humana. Nos revela que habitamos la tierra no solo prosaicamente –sometidos a la utilidad y a la funcionalidad– sino también poéticamente». Una estudiante reaccionó con las palabras y la actitud reflejados en el poema. El «profe» del último verso, empero, es un falso lingüístico, porque la expresión utilizada por los estudiantes del Cantón Ticino es «sore».

ya, si también la memoria es
 inacabada congregación de personas
 que han amado inútilmente,
 preocupadas o distraídas,
 pero para siempre destacadas en lo azul
 navegado por los murciélagos que llenaban
 la oscuridad iluminada por los faroles.

Son ellos, te han amado.
 Han podido lo que han sabido.
 Se han equivocado.

De Uno di nessuno. Storia di Giovanni Antonelli, poeta
 (Edizioni Casagrande, Bellinzona 2016)

I. Infancia

Aquí se nace y se vive feliz,
 parece que lo digan el panorama, las tierras
 fecundísimas, el mar lejano salpicado
 de barcas y pesqueros.
 Sin embargo, en este lugar placentero,
 en medio de tanta alegría
 de sol, de tierras, de mar y de todo,
 nació una hierba envenenada que creció
 despreciada como ortiga de acequia.

*

Más mastín que hombre,
 vuestro paisano: cabeza y ojos pequeños,
 la espalda encorvada, pelo y barba
 hirsutos y desaliñados, labios fuertes.
 La mirada perdida en una mofa
 tan implacable que entre mil
 lo reconoceríais.

*

Maldijeron su matrimonio,
 mis queridos, por la miseria que sufrieron
 ante sus hijos.
 Mas yo los bendigo para la eternidad,
 siempre agradecido a su ingenuidad
 y a sus fallos. Y si a veces siento
 el peso y la angustia es porque fueron
 la causa de su soledad.

*

(Querían mi felicidad, y por eso
me educaron en la ignorancia
y en la indecencia).

*

Sentí enseguida indignación por la ciénaga
natal. Me iba a los pueblos
limítrofes, lejos de las murallas.
Me daban placer las molestias que encontraba.

*

En casa de los condes Bulgarini-Buonaccorsi
las mujeres del lugar me tomaban
el pelo: se mofaban de mí,
de mis ojos huidizos.
Una noche me preguntaron qué hacía
mi madre. «Juega a la petanca», contesté.
Se rieron con vulgaridad.

*

Cuando veía
las vacas en el matadero, los cerdos degollados,
los ratones aplastados en el cascabillo
del desván rompía a llorar.
Un día liberé dos palomas
enjauladas. «Vivirás bien en este mundo»,
me ridiculizó un primo, «mi querido pequeño
filósofo de medio pelo...».

XI. Después

No queda mucho para contar, a estas alturas.
Por última vez, en Senigallia,
volví a ver a mi madre: estaba sorda, menuda,
los ojos fuera de las órbitas. Fue una conversación
sin voces, un derroche de gestos
repetidos de memoria, gestos sacros.
Le escribí mi amor, le dejé
el saludo silencioso que los dos sabíamos
que era el último, el imposible.

*

«¡Ahí va el que se levanta
siempre temprano, con los búhos!».
Así me acogieron, mis paisanos,
después de años de injusticias y cárceles.
«Yo surjo con el sol, del que soy
emanación. Surjo con ese sol
que para vosotros no existe».
Luego lejos de allí, una vez más, entre Roma
y Florencia, los manuscritos bajo el brazo,
la esperanza bajo las suelas.

*

He agotado el papel, en esta celda
del manicomio. Termino mi historia,
hermano mío que no me escuchas,
que me ha culpado
de la miseria que me persigue.
Un día estas líneas serán leídas
por alguien, y alguien, junto a mí,
les dará una voz. Será un día
de lluvia o de luz, no importa:
la semilla de la anarquía arraigará
en la república, los gestos de los hombres
se volverán sinceros.

Id, palabras, calmad mis angustias.
Huid de las cárceles, rebelaos contra los que os detienen,
dejadme la ilusión de que alguien sabrá
de verdad quiénes somos, si yo soy
Antonelli y vosotros sois yo^{**}.

Traducción de Paolino Nappi

** La historia que habéis leído no es inventada. Mejor dicho, solo lo es parcialmente, porque cuando se cuenta las vicisitudes de alguien y se intenta imaginar su vida interior, es inevitable que la frontera entre historia e invención se deshaga, se desgaste. Por lo tanto, en este libro el personaje que dice “yo” no es imaginario sino real, aunque su vida, que ha pedido con prepotencia ser contada, en algunos puntos es imaginada, acortada, alterada con intención. Giovanni Antonelli existió realmente. Era un poeta, un vagabundo, un «demente» que fue internado en muchos manicomios o cárceles de Marcas (Fermo, Macerata, Ancona) y de Italia (Nápoles, Aversa, Roma). Era un anarquista, un anticlerical, un miserable, y quizás por eso su país de origen, que también es el mío, ha borrado por completo su memoria, como poeta y como hombre.

Da *Il numero dei vivi* (Donzelli, Roma 2015)

*E poi? Pareti, porte chiuse, fumi che si disperdono,
d'accordo, ma dopo? Cos'hai detto
di tanto grosso? Che si muore?
Va bene, lo sanno tutti questo, però dopo?
Non dopo la vita: sono chiacchiere
da poco, quelle. Dopo-adesso, voglio dire,
dopo-prima, anzi meglio: durante.*

*Mentre sei qui che respiri e guardi i boschi che si inerpicano
sulle montagne di un nuovo orizzonte, oppure i picchi
di sempre, quelli azzurri e sibillini,*

*e gli uomini e le donne dei tuoi luoghi
li contemplano, anche quelli di un tempo
che non respirano più, ma percorrono senza requie
le strade del paese, balbettando come
balbettavano da vivi, o raschiando il catarro
quando ridono e tossiscono.*

*Tutte inutili, quelle voci?
Inutili come te, che scrivi per nessuno, o come le dita
di tua figlia che si allungano nel buio?*

*Non hai torto, non hai ragione.
Le foglie che il vento getta a terra qualcuno
le conserva. Qualcun altro le ritrova
dopo anni, e le colora.*

*Difendi questa luce, se sei un nulla
come tutti. Difendi questo nulla
che non smette di essere. Smetti tu di tirare
righe scure, di cancellare. Tocca il tavolo, la carta.
Impara un'altra volta a far di conto:
non sottrarre allo zero, aggiungi uno.*

Un congedo

Si fermò ad osservare gli ultimi bagliori
di luce che affondavano dietro i monti.
«Non mentono di niente, i bambini,
quando fanno il sole rosso o le nuvole
rosa su uno sfondo blu cobalto. Forse sono
gli unici che guardano ancora qualcosa».
Posò il bicchiere sul tavolo,
soffiò il fumo contro il vetro e quello
si allargò come un lago di aria grigia.
«Ho pensato che la mia vita fosse mia.

Anche tu lo stai pensando, adesso,
 che tu sei ciò che scegli, ciò che vuoi,
 quello che dici». Gli rispondevano i libri,
 le cornici, le piante tese al tuffo nel buio,
 non io. «Anche quello che non dici»,
 sorrise, mentre il rantolo di catarro
 gli si faceva più scuro. «Invece adesso
 tu, su quella sedia, che mi guardi le spalle
 e vorresti annodarti le mani o essere muto,
 tu adesso sei importante, e non lo credi, e non lo sai».
 La nuvola più lontana sbiadì all'improvviso.
 Nel giro di pochi minuti perse il rosa, poi il viola.
 Era ormai un ammasso grigio quando lui,
 picchiettando due dita al ritmo contro i vetri,
 diede un colpo di tosse e intonò *Yesterday*,
 poi smise.

L'intagliatore di lattine

Seduto sulla base
 di un pilastro che regge i portici,
 avrà dodici, tredici anni.
 Cappellino, due piercing
 sopra il labbro superiore,
 con estrema concentrazione ritaglia
 lattine di Redbull, Coca Cola,
 birra da quattro soldi.
 Le maneggia attentamente,
 stringe le forbici con calma
 seguendo linee immaginarie
 ma chiarissime ai suoi occhi.
 Si dev'essere accorto
 del mio sguardo perché,
 sollevando la testa indispettito
 e prima di arrendersi a un sorriso, fa:
 «Non lo vedi che faccio?
 Trasformo questa merda in tante stelle.
 La birra però prima me la bevo».
 E riprende.

Un passo indietro

Lungo la strada, attraversato un semaforo,
 metà sull'aiuola e metà
 sul cemento, una ragazza biondo platino,
 con piercing sulle labbra e le cuffie
 nelle orecchie. Distesa tra le foglie

e nel freddo, a pochi metri da una banca.
 La rialzi. Ne senti il calore
 della mano che si afferra alla tua,
 il profumo dolciastro, ne vedi gli occhi
 mezzi fatti. È viva, sorride, barcolla
 mentre viene verso te e fa come
 per abbracciarti, sempre stretta
 alla tua mano. E tu fai un passo indietro,
 ne hai timore, pensi allo schifo,
 all'ignoto, hai paura e quasi non te ne vergogni.
 Hai da fare, certo, è tardi. E domani
 la sveglia, le lezioni, la corsa per la strada...
 Ripasserai di qui. Noterai con un certo
 sollievo la sua assenza: sull'erba solo foglie,
 cacche, la brina che si scioglie, la tua quieta
 sicurezza di automa imperturbabile che schiva
 gli ostacoli e le spinte. Lei non ti ricorda nemmeno,
 e adesso dorme.

Da Tre per una figlia

Traccia n. 4

Una delle tracce è sulla nostra capacità
 di «abitare poeticamente la terra»
 (Morin, e molti altri – troppi? – prima di lui).
 «Poeticamente, dice?» Sono gli occhi
 di una ragazza che quasi sbigottisce,
 quando legge quella frase.
 «Anche poeticamente», preciso: «Anche. Non ti pare?»
 «Mah», risponde subito «Magari qualche volta.
 Ma solo per un attimo. E per poche persone».

Per poche, già. Non ci avrà mai pensato, Morin,
 a limitare quella frase? A inserire un inciso,
 a precisare che magari per qualcuno
 – per troppi? – la poesia è appena un lusso
 o un impaccio, quando dietro uno sguardo
 mezzo ironico e mezzo serio si intuisce
 che qualcosa è accaduto, o che qualcosa...

«Per pochi, dici bene. E allora
 spiega perché è così. Contestalo,
 il filosofo, se non dice la verità».
 Risponde e abbassa gli occhi, inarcando
 un po' il labbro:
 «No, prof, grazie: ho scelto un'altra traccia».

*Prima che tocchi l'erba
la boccia appesa in aria contro il cielo
viola chiaro, prima che atterri -
prima che l'onda si rovesci sulla sabbia
e cancelli
le orme di chi ci ha camminato
per disperdere un pensiero -
prima che l'odore dei pitosfori
sia gelato dall'inverno*

*devi dirlo il dolore di non essere
più, se la memoria è anche questa
incompiuta congrega di persone
che hanno amato inutilmente,
preoccupate o distratte,
ma per sempre stagliate nell'azzurro
navigato dai pipistrelli che gremivano
il buio rischiarato dai fanali.*

*Sono loro, ti hanno amato.
Hanno potuto quel che hanno saputo.
Hanno sbagliato.*

**Da *Uno di nessuno. Storia di Giovanni Antonelli, poeta*
(Edizioni Casagrande, Bellinzona 2016)**

I. Infanzia

Qui si nasce e si abita felici,
sembrano dire il panorama, le terre
fertilissime, il mare lontano infiorato
di barche e pescherecci.
Eppure in questo luogo delizioso,
in mezzo a tanta gioia
di sole, di terre, di mare e d'ogni cosa,
nacque un'erba avvelenata che crebbe
disprezzata come ortica del fosso.

*

Più mastino che uomo,
il compaesano vostro: testa e occhi piccoli,

la schiena incurvata, capelli e barba
irti e spettinati, labbra forti.
Lo sguardo smarrito in una beffa
implacabile, tanto che tra mille
lo riconoscereste.

*

Maledirono il loro matrimonio,
i miei cari, per la miseria che soffrirono
davanti ai loro figli.
Io li benedico in eterno, però,
sempre grato alla loro ingenuità
e ai loro sbagli. E se a volte ne sento
il peso e l'angoscia è perché furono
la causa della loro solitudine.

*

(Volevano la mia felicità, e per questo
mi educarono all'ignoranza
e alla disonestà).

*

Provai subito sdegno del pantano
natale. Me ne andavo nei paesi
limitrofi, lontano dalle mura.
Mi davano piacere i disagi che incontravo.

*

Dai conti Bulgarini-Buonaccorsi
le donne del posto mi prendevano
in giro: si burlavano di me,
dei miei occhi sfuggenti.
Una sera mi chiesero che facesse
la mamma. «Gioca a bocce», risposi.
Riserò sguaiate.

*

Quando vedevo
le vacche al macello, i maiali sgozzati,
i topi schiacciati nella pula
dei solai scoppiavo in lacrime.
Un giorno liberai due colombe
ingabbiate. «Vivrai bene in questo mondo»,
mi derise un cugino, «caro il mio piccolo
filosofo d'accatto...».

XI. Dopo

Non resta molto, ormai, da raccontare.
 Per l'ultima volta, a Senigallia,
 rividi mia madre: era sorda, minuta,
 gli occhi fuori dalle orbite. Fu un colloquio
 senza voci, uno sperpero di gesti
 ripetuti a memoria, gesti sacri.
 Le scrissi il mio amore, le lasciai
 il saluto silenzioso che sapevamo tutti e due
 essere l'ultimo, l'impossibile.

*

«Ecco quello che si alza
 sempre presto, con i gufi!».
 Mi accolsero così, i miei compaesani,
 dopo anni di ingiustizie e di carceri.
 «Io sorgo con il sole, di cui sono
 emanazione. Sorgo con quel sole
 che per voi non esiste».
 Poi via, una volta ancora, tra Roma
 e Firenze, i manoscritti sottobraccio,
 la speranza sotto le suole.

*

Ho finito la carta, in questa cella
 del manicomio. Concludo la mia storia,
 fratello mio che non mi ascolti,
 che mi hai fatto una colpa
 della miseria che mi perseguita.
 Un giorno queste righe saranno lette
 da qualcuno, e qualcuno, insieme a me,
 darà loro una voce. Sarà un giorno
 di pioggia o di luce, poco importa:
 il seme dell'anarchia barbicherà
 nella repubblica, i gesti degli uomini
 torneranno sinceri.

Andate, parole, calmate le mie angosce.
 Evadete dalle carceri, ribellatevi a chi vi arresta,
 lasciatemi l'illusione che qualcuno saprà
 veramente chi siamo, se io sono
 Antonelli e voi tutti siete me.